

Con **Puerto escondido** la escritora **María Oruña** ha tejido una tela de araña narrativa en la que la atención del lector queda atrapada desde el primer momento: un llegada, un paisaje desconocido de perfiles norteños, una herida siempre abierta, una despedida desoladora, un misterio a las puertas. Es una novela que recoge “las historias perdidas de nuestros mayores, de cómo se vivía y se sentía antes, en un pasado muy reciente y mucho más rígido y encorsetado que el nuestro. Desde pequeña, escuchaba con atención todas las anécdotas que mis abuelos cantaban me contaban, y me dejaban fascinada: unas aspiraciones y una forma de sentir muy diferentes a las de hoy; tan cerca y tan lejos”.

Pero, además, **Puerto escondido** intenta “profundizar sobre los límites de las personas: cuando los individuos, de cualquier época y entorno social, se ven sometidos a gran presión, parecen olvidar, de forma progresiva, las con-

Tinta fresca

Lo imprevisible



TINO PERTIERRA

ductas sociales aprendidas. En situaciones extremas, no valen los principios inculcados, ni la educación, ni la cortesía, ni el honor: sólo cuenta el instinto básico de la supervivencia. Por eso, y por recuperar las historias perdidas que antes comentaba, escogí el momento temporal de la guerra civil española pa-



Puerto escondido

MARÍA ORUÑA
Destino

ra situar a los personajes de la voz del pasado de la novela”.

Era consciente la autora de que se hacía necesario “someterlos a la presión de la necesidad extrema para poder sacar así a flote su verdadera esencia. Imaginé cómo podría encarar cada uno de ellos una vida miserable: algunos podrían ser conformistas, pero otros podrían ambicionar un futuro más colorido. Las personas, cuando traspasan esa fina línea de cristal entre lo convencional y lo que les exige su propio instinto de supervivencia, pueden resultar realmente aterradoras. Y lo mejor: decidí incluir a un psicópata en esta historia coral, para dibujar cómo se enfrentaría un personaje así a sus propios límites”.

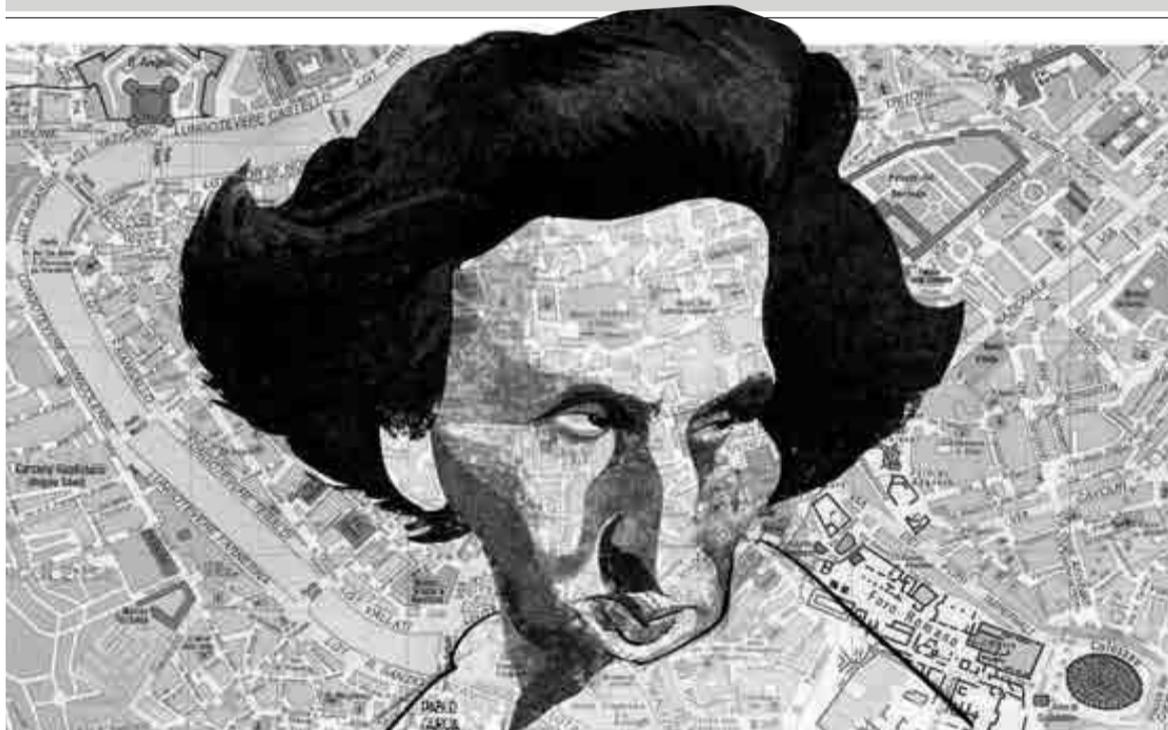
Le interesaba también “profundizar en la idea que un día leí en un poema de **Shakespeare**, y es que ‘todas las historias tienen dos lados’. De ahí la dualidad —las dos voces— en la novela; en realidad, estamos explicando los mismos

hechos desde dos puntos de vista diferentes, no sólo por el contexto social y cultural, sino desde el ángulo y percepción de personas educadas en valores y principios muy distintos. Nada puede justificar al asesino, pero sí podemos llegar a comprender qué le lleva a ser así”.

También le interesaba resaltar la dualidad interior de las personas: “Oliver, amable, atento, con un sano humor británico, pero escondiendo dentro de sí múltiples demonios. La teniente Redondo, rígida, firme, implacable, pero con un pasado cálido que por dentro le agrieta el corazón. Todos tenemos varias versiones de nosotros mismos: en el trabajo, con la familia...”

Puerto escondido es para Oruña un libro “mestizo entre novela negra, histórica, thriller y misterio. Y esto último, para mí, es importante, porque da un poco de ‘salsa’ a la vida; ¡que nunca nos falte la intriga ni el misterio!”. Sobre todo, si está tan bien cocinada.

Bloc de notas



El tiempo suspendido en la Roma eterna

Nuestras calles, de **Lavagnino**, es una novela intimista y melancólica sobre las inseguridades de una joven y su educación sentimental



LUIS M. ALONSO

El tiempo permanece suspendido en Roma igual que el ruido, sólo que este último avisa de su presencia y el primero se esconde bajo las cornisas, entre las columnas de travertino, en las curvas de las volutas o a la sombra de las cúpulas, en los callejones ocultos, los tejados o cualquier ruina. El tiempo en Roma, aunque fugitivo, es eterno como la propia ciudad.

Me acordé de **Carlo Levi** al leer **Nuestras calles**, de **Alessandra Lavagnino**,

una novela melancólica e intimista, llena de silencios y sombras espectrales, sobre una niña, **Marzia**, que luego se hace joven en la Roma entre los años treinta y cincuenta, al lado de su madre viuda, una de las primeras mujeres que ejerce la abogacía en Italia. La energía, a veces la intransigencia de ésta hacen que la protagonista de la novela se muestre como una adolescente insegura, dubitativa, ausente y solitaria que se refugia en largos paseos. Marzia acabará aceptando como mediadora en las difíciles relaciones con su madre a una amiga, **Lúcia**, mucho más extrovertida que ella. Las tres forman el triángulo narrativo de **Nuestras calles**, entre idas y venidas, malentendidos, alianzas y rup-

turas. De fondo, emerge Roma, la Piazza Cavour, la vía Flaminia, el puente Garibaldi, las “tardes perfumadas” del Lungotevere, la frontera con el campo y el sonido cercano del canto de los pájaros en Ariccia, donde la madre, rendida a los achaques, y la hija se retiran unas semanas sin tener casi nada que decirse.

Pero, en cambio, sí hablan las calles. Lo hace la lluvia que provoca un ruido distinto al caer sobre la ciudad. La ciudad y el campo. Dicotomía **Pavese**, o **Ginzburg**, a quien algunos se han empeñado en comparar con Lavagnino. Es esa lluvia que suena distinto por culpa de los canalones y de los raíles, las ruedas de los automóviles, los pasos de la gente. Sin embargo, en el campo resulta tan vasta que parece que ese pequeño ruido de las gotas cayendo en las hojas cercanas lo puedes escuchar cada vez más lejano, incluso ligero en la distancia, como escribe la propia autora, de la que Errata Naurae ya publicó anteriormente **Un granizado de café con nata**.

La Via dei Serpenti, que otorga el título italiano a la novela, está en el corazón del rione Monti. En el siglo XVII la calle fue llamada Corso dei Monti, pero más tarde cambió el nombre. Algunos creen que el topónimo se debe al hecho de la Virgen que pisotea un reptil, otros piensan que allí fue descubierto un nido de serpientes. Cruza Via Panisperna y la Baccina. En el tramo final se encuentra la iglesia de la Madonna dei Monti, originalmente un granero y el lugar donde se halló la imagen de la Señora a la que se le atribuyen no pocos milagros. Pasar por allí y no visitarla significa no haber estado en ella.

Roma ha tenido siempre a mujeres pendiente de ella. Romanas, como **Melania Mazzucco**, que en su novela **Un giorno perfetto** (**Un día perfecto**) hace de la capital italiana uno de sus personajes, con la basílica de Santa Maria Maggiore rodeada por establecimientos chinos, peluquerías africanas, locutorios y hoteles cutres para turistas; **Elsa Morante** o **Clara Sereni**; capitalinas de adopción como **Natalia Ginzburg** y **Dacia Maraini**, u otras que residieron largas temporadas de su vida en la Ciudad Eterna, como **Margaretta Mazantini**, o la propia **Alessandra Lavagnino**, que se han empeñado en desentrañar en ese microcosmos el lugar de los cambios en contraposición con el matriarcado tradicional que en Italia representa la provincia, y más todavía el medio rural. Pero la ciudad no siempre se ha entendido con las mujeres después de alimentar los sueños de que una sociedad urbana y abierta, la metrópolis, les conduciría a otra vida y a una mayor libertad.

Nuestras calles, la novela de una escritora nacida en Nápoles que ha enseñado Parasitología en la Universidad de Palermo y es especialista en insectos transmisores de enfermedades, trata de la incomunicación, del amor, de los encuentros que se frustran, de la orfandad, del miedo y de la esperanza. En el drama secreto de la protagonista, una muchacha romana, anida la primera maduración del dolor, su educación sentimental y la angustia que pende de esas pequeñas fracciones del tiempo eterno suspendido que se esconde entre las ruinas como si se tratara de una metáfora de la piedra.



Nuestras calles

ALESSANDRA LAVAGNINO
Errata Naturae, 2015,
168 páginas,
15,50 euros